

Marcos Rincón Cruz

LA PACIENCIA
DE LA LÁMPARA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n.º 61—

MADRID • MMXVI

De la obra © : MARCOS RINCÓN CRUZ

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Prólogo © JUAN MIGUEL DOMÍNGUEZ PRIETO

Fotografía de la cubierta © JSP

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Junio 2016

I.S.B.N: 978-84-945530-0-4

Depósito legal: M-23037-2016

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*No quisiera escribir, preferiría
que me escribiese el que con luz escribe,
con la sola verdad de sus designios,
el que sin nombre afirma mi existencia.*

ANUNCIO

Esta obra poética es un *crescendo* que va de las palabras al Nombre.

*No quisiera escribir, preferiría
que me escribiese el que con luz escribe.*

De las palabras, al Nombre; de la tierra árida, a la «Tercera aurora...»; del mero verbo del hombre a la mano en silencio, vibrante, de Dios; de ver, a que Tú me veas y me sepa contemplado —y recreado, así—; de que seas extensión de lirios, a hallar *la fragancia del lirio de tus ojos*. De la llama a la sola llama, llevándose, uno a sí mismo, como la paciente lámpara. Vigilante, deseante.

Al hombre que anhela y canta, se le juntará un día el Nombre con su nombre nuevo —el escrito en una pequeña piedra blanca—. Y no habrá más sed en la comunión de los mutuos delecteos.

Éste es un libro poético que recoge creación de sed durante treinta años. Búsqueda en los silencios de los que es testimonio la letra, con los oídos fijos en *el Invisible, verdad única*. Tres décadas verbalizadas; pero no, «silva de varia canción». No vergeles, florestas; sí jardín, en deseo fijo, casi en vislumbre a veces, rozado por las prosodias interiores.

Paradójicamente, un estadio benigno para el poeta es el del tiempo en que ya reconoce la inutilidad de las palabras para el canto que escucha y quiere. Como él descubre aquí. Entre las palabras y hacia el Nombre, se parte de la conciencia inhábil de nuestra verbalidad poética. Ni siquiera *quisiera escribir; sólo esperar ... sin palabras; como cesan las palabras* en tu vislumbre, Dios.

¡Oh gracia del despojo!
¿Para qué necesito mis sedientas palabras
...
si ya eres Tú la luz ...?

Para sed tan grande, sólo parece pura la anchura de Sus nombres de testamento antiguo: *campo de lirios, cedro frondoso, / rosa de Sarón*; pero aún mayor es la pureza nueva y sintética, joánica, del vocativo *Amor* — conforme se apresuran, cantor y lector, al final del poemario.

Todo se va despojando, desnudando, desadjetivándose, dejando por el camino tramas sueltas, de las que no hay necesidad; porque, como en la noticia nueva, sólo una cosa es necesaria. Todo va descalzándose, y esto, en la escuela de san Juan de Fontiveros; *en matices espontáneos, no buscados*: que éste — junto a toques que parecen del Lope sacro o de los ritmos sálmicos — ha sido su guía primordial en el transcurso interior de su «poiesis».

Obra de altos y silenciosos gemidos, y fieles, de «gamos saltadores» por los paisajes de alma del poeta. Marcos Rincón Cruz sabe, con el autor del Cántico espiritual, que «el gemido es anejo a la esperanza»:

*Vadearás el mar de tu desierto.
Sólo por él se llega
al encuentro en el monte,
a la paz de Salem.*

...

No negaré la aurora que se tarda.

...

*Aunque te hagan estar muriendo sin morir,
lo ha encendido el Amor por darte vida.*

Porque todo esto mismo fue *ser* en el Hombre verdadero, y hay que tener muy clara la mirada —el ojo, sano— para vivir en conciencia la noche misma de la fe como luz de este Camino. *Ciégame tú, y veré, / y abrazaré la noche*, canta nuestro poeta.

Esta noche es provista por la gracia con misterio hecho de vaivenes; a flor poética tanto como en la vida misma. Aunque lo hayamos estudiado de otra forma, la verdad ascendente del Monte Carmelo se resiste a las taxonomías, a los dintornos, a la linealidad. Hay luz y noche en la Noche, y el Esposo llega en ella sin esperarlo; en la mayoría de los casos, a una hora en que la acción divina unitiva no queda diáfana a ojos ávidos, que no saben ver ni juzgar.

Así se nos muestra este precioso florilegio de tres partes poéticas: construido de vaivenes de noches y auroras, de tormento y gozosa paz; por ejemplo, en la lectura «Desde el desierto y la noche», también se deja ver como un origen de loas —*sabe la sed que en sus entrañas velan / los manantiales*— aunque no hayamos alcanzado la segunda parte, la de la alabanza del Amado. Y es que Él, que es la Luz, en los

pasos de los montes es claro-escuro Amor entreverándose. Hay alturas divinas y nadas de hombre; revestimientos y desnudeces; desde Aristóteles en sus *Problémata*, «eutimías» y «atimías»: así en la mística como en nuestras depresiones endógenas contemporáneas, para que se cumpla la sigilosidad de Dios. ¡Ay, *de tu labor paciente en mi andadura!*

Y es que *La paciencia de la lámpara*, que tiene de fondo la parábola de las diez vírgenes en espera de su Señor, ver-sea asimismo la propia paciencia del Nombre sobre todo nombre. Nuestro tiempo es Su paciencia. Nuestras palabras, la herida Suya de no estar ya con cada uno de los hijos de los hombres. Palabras poéticas, palabras, palabras... Ellas, éstas del libro, dirán, Te dirán, que en medio del no saber, también los poetas hemos ido poniendo tanto de nuestro amor entreveradamente.

JUAN MIGUEL DOMÍNGUEZ PRIETO
Ateneo de poesía interiorista

DESDE EL DESIERTO Y LA NOCHE

Salí tras ti clamando.(Cántico, 1)



CLAMOR DE CERTEZA

Sabe el desierto que será escuchado,
por eso clama.
Sabe la arena que vendrá la lluvia,
por eso pide.
Saben las peñas que es ternura el cielo,
brisa y rocío.
Sabe la sed que en sus entrañas velan
los manantiales.
Sabe la noche que el Amor enciende
todos sus soles.
Sabe el silencio que el Amor no olvida,
por eso espera.
Sabe la sangre que unas Manos toman
nuestra agonía.
Sabe el erial que volverá en Sus Huellas
el paraíso.

TRAVESÍA

Vadearás el mar de tu desierto.
Sólo por él se llega
al encuentro en el monte,
a la paz de Salem.
La llamada de Egipto
es voz de esclavitud.
El que sintió en su rostro
la mano ardiente y libre del Dios vivo
no encontrará fulgor
en el loto, en las rosas
de las aguas del Nilo y sus riberas;
y sentirá de nuevo
el odio y rebelión de los esclavos.
Si te queman los soles del desierto,
liberado del barro,
en el fuego increado te fundiste.

BARRO QUE CONFÍA

Barro con gloria de tus manos,
gloria en la carne oscurecida.
Tú, paraíso que nos llamas,
tú, río y árbol de la vida.

Mas nos pusiste en el desierto,
piedra y arena, tan desnudas,
roja intemperie, tu abandono
y un sol, espada que fulmina,
páramo mudo, sin senderos,
que sólo, oscuro, el viento habita;
los pies hundiéndose en la tierra,
ciego espejismo nuestra vista;
se entra en el alma, abriendo grietas,
lengua reptante, la sequía.

No te retardes, no perezca
tu verde Edén bajo las dunas.
No habría patria, ni ciudad,
sólo un erial para el que busca.
Sarcasmo harían del iluso,
de tu impotencia o tu mentira:
«Venció el desierto, era la fosa
la única tierra prometida».

Barro con gloria de tus manos,
confía aún, tu nombre grita:
«¡Manda, no tardes, a tus ángeles,
brazo y maná de quien camina!
¡No se les caigan de las manos
despojos de almas, cual cenizas!»

CUAL SI NO HUBIESES VENIDO

Has pasado de nuevo, Nazareno,
sangre mansa entre lobos de esta tierra,
recio león curtido en intemperies,
tu espalda, toda surcos cual de esclavo,
tu pecho, angustia y duelo, cual de madre,
tu mano, recogiendo el sufrimiento,
mudo amor asumiendo todo grito,
látigo y dardo, guerras entre hermanos,
espina y cruz que hasta tu sangre llegan.

Nazareno, que vienes del desierto
con oasis de cielos por tus ojos
lienzo donde se imprime nuestro llanto,
espejo a nuestra faz desfigurada;
beben tus labios honda copa, océano
de todas nuestras hieles, nuestra hez,
y hasta de Dios tu Padre el abandono.
Te anega la impotencia, rey burlado
del reino sin espadas que traías.
Tus pies sangrantes no han dejado huellas,
fuiste palabra y eres ya silencio.
Testigo y fuego, boca sin mentira,
gritaste: «Hágase luz esta tiniebla».
A tu último clamor siguió la muerte
cual si sólo la nada respondiera.

Sigue el mundo cual no hubieses pasado,
anárquico rebaño, siempre hambriento,
cual si fuese tu fuego una ilusión;

tan lejanos los cielos, Dios tan mudo;
lo eterno, prisionero de esta muerte;
desfigurando rostros cruz y tumba,
preparadas por manos sin entrañas.
Sola herencia la fe, brasa de anhelos,
aguijón de la cumbre y del sentido;
resurrección, tan sólo la esperanza.
¡Sangre y víctima absurda: el espectáculo
completo que a los hombres llena y calma!

Mas tú sigues la marcha hacia ese monte
donde despunta el sol de Dios, tu Padre.
Se unen a ti unos pocos, cireneos
llevando tantas cruces: sus hermanos.
Algunos desfallecen, van cayendo,
tú llegas, Nazareno, hasta el abismo,
no puedes traicionar al indefenso.
Tu corazón a todos nos recoge,
bajando a toda tumba, donde logras
arrancarle a la muerte su guadaña
y alzarnos en tu vuelo luminoso de fénix,
sobre esta tierra de tormenta y noche,
al mar azul de eterno sol y calma.

PALABRAS DE JOB

I

SONETO ROTO

Nos arrojaste a un mundo ya perdido.
Nos dejaste entre vientos y aluviones.
Navega ciega sed los corazones.
Amenaza el naufragio a su latir.

Un frío de guadaña y sinsentido
azota la intemperie en que nos pones.
La furia de torrentes y aquilones
vuelve las cumbres sordas para el grito.

La mar arrecia, la impotencia crece,
las estrellas en barro se envilecen.
Si no curas los ojos arrasados,

¿cómo, Invisible, te hallará la noche?
¿Eres tú una ilusión, sombra invencible,
o perdedor que triunfa en la derrota?

II

ENCIENDE NUESTRO NOMBRE

Oye la luz el clamor de los ojos,
oye la tierra la voz de la sangre,
su voluntad de ser.

Oyen los ríos la angustia del mar,
oye la sangre la voz de la tierra,
afán de seno y madre.

Logra esplendor toda hierba del campo,
alzan las aves, alcanzan los vientos
un canto sin temblor.

¿Y quedará abandonado a la muerte,
desmoronándose, arcilla, en sus manos
quien ya piensa lo eterno?

Antes que mueran las luces del día,
antes que extienda la noche su losa,
enciende nuestro nombre
cual una estrella guardada en tu mano,
Voz, Luz, Silencio que al ser nos llamaste,
TÚ, verdad única
sobre esta sombra que acosa la nada.

III

TE ESPERARÉ

*Y aunque intente matarme,
le esperaré.*

(Job 13,15)

Abrazaré la noche
en espera del sol.

Te esperaré.

No quiero ya más soles que tramontan.
No quiero ya más drogas que adormecen
el fuego de tu voz.

Pasó el día vibrando juventud,
la promesa del viento,
el brillo virginal de primavera.
Lentamente bebemos
los mares del otoño y del ocaso.
No quisimos la luz o la perdimos,
temimos a su carro y su carrera.

No es la palabra la que pacifica.
Esperaré el silencio de tu mano,
me sentaré en silencio, sin gemido,
callaré el grito hasta que rompa el pecho.

Por ti, mi Defensor, vivo, inmortal,
me sentaré en la arena
del abandono,
en la oscuro yermo de la pena,

esperando la aurora;
me sentaré en la rueda
de la persecución,
sin escudo de astucia ante el poder,
sin roca que me esconda de las flechas,
me salve del torrente del desprecio,
sin valla, frente al borde del abismo.

No guiaré, soy ciego,
ya sólo sé esperar.
Tu aurora alumbrará
la desnudez de mi creencia,
polvo y ceniza ya,
quemada por la espera,
su única riqueza.

Esperaré tu aurora.
No depende tu luz de nuestro antojo,
hijo de ciega noche y viento insano.
Esperaré tu aurora.
No la podrá impedir
este muro de arena de Babel
que alza el hombre creyéndolo un alcázar.
No la podrá impedir
la niebla, el humo, las palabras,
que imaginan ser dueñas de las fuentes y el sol.